

Enric Millo

El derecho a saber la verdad

El testimonio del delegado del Gobierno
en la Cataluña del 155



Enric Millo

El derecho a saber la verdad

El testimonio del delegado del Gobierno
en la Cataluña del 155

ediciones península

© Josep Enric Millo Rocher, 2020

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2020

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020
Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 2.044-2020
ISBN: 978-84-9942-896-3

ÍNDICE

Prólogo	II
Nota previa: MIS CREDENCIALES	15
I. VALÍA LA PENA INTENTARLO	27
Subidos en el Dragon Khan	29
Cambio de rumbo	34
La Junta Directiva	36
En el despacho de la vicepresidenta	38
2. ¿CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ?	47
Contigo empezó todo	49
La huida hacia delante	52
Convalecientes hacia las elecciones del cambio	57
CDC se hace independentista	59
<i>Cop de porta</i> : el punto de inflexión	60
El colchón de la Moncloa	63
Mas pone rumbo de colisión	66
Nadie es profeta en su tierra	69
Mi conversación con Jordi Turull	71

3. LA LEGISLATURA DEL FRAUDE DEMOCRÁTICO	73
El espejismo democrático	75
¿Queremos votar?	77
Quince razones contra el mito del 80 %	79
La legislatura del fraude democrático	87
El inicio: una resolución para la involución democrática	90
4. OPERACIÓN DIÁLOGO	95
La toma de posesión	97
Entre la esperanza y el rechazo	101
El planteamiento del diálogo	104
El diálogo era, también, estrategia	107
Una oferta sincera de diálogo	108
Los resultados de la oferta de diálogo	112
La reunión con Josep Rull	116
5. EL DIÁLOGO NO FUE POSIBLE	119
Encuentro oficial con Puigdemont	121
Nuestra primera reunión a oscuras	127
Mi larga tarde con Rajoy en la Moncloa	131
El juego inédito de Junqueras	138
La última reunión secreta	141
En PiMEC, oportunidad o ultimátum	144
6. EL RUMBO DE COLISIÓN	147
Las sillas vacías	149
Del acuerdo a la purga	151
La nueva cúpula de Interior	155
Agosto caliente	158
7. GOLPE A LA DEMOCRACIA	163
Cómo mueren las democracias	165
La rebelión jurídica	167
La muerte de la democracia en cinco actos	169

ÍNDICE

8. UN REFERÉNDUM CONTRA LA DEMOCRACIA	185
El referéndum contra la legalidad	187
El referéndum contra la democracia	192
El referéndum contra la libertad	200
9. PREPARADOS PARA EL IMPACTO	205
Los frentes abiertos de septiembre	207
El frente de los Mossos	216
Las reuniones previas	219
El auto del día 27	221
La Junta de Seguridad	224
10. EL DÍA D	229
Los días previos	231
El día D	235
La tiranía de la imagen	238
Defender los colegios y las urnas	
no es lo mismo que votar	242
<i>Fake</i> referéndum	247
11. LOS HECHOS DE OCTUBRE	253
Los hechos de octubre	255
El día que la calle volvió a ser de todos	258
Rajoy: paciencia y determinación	260
Los mediadores	262
La noche más larga	265
12. PRESIDENTE, PONGA LAS URNAS	269
El cese y la huida	271
Campaña electoral o ajuste de cuentas	272
La noche electoral	277
Los resultados electorales	281

13. EL ARTÍCULO TABÚ	283
Un artículo federal en una democracia plena	285
En la cocina del 155	288
La Cataluña del 155	293
La privatización del espacio público	295
Los resultados del 155	297
El Tribunal Constitucional da la razón	301
14. LA CRISIS PERMANENTE	303
El desafío del <i>president</i>	305
La jugada más arriesgada	308
Las luchas fratricidas	311
La CUP se suma a los vetos	313
Schleswig-Holstein es nombre de <i>land</i>	317
El elegido	321
15. PERDER PARA GANAR	327
La derrota que se convirtió en victoria	329
Mi cese como delegado del Gobierno	334
Un alto precio personal	335
Mi declaración en el juicio del <i>procés</i>	
ante el Tribunal Supremo	339
Camino de Andalucía	347
Epílogo: DE NUEVO AMPLIO CONSENSO: LA ÚNICA SALIDA	351
Agradecimientos	359

SUBIDOS EN EL DRAGON KHAN

La propuesta de mi nombramiento como delegado del Gobierno llegó en el momento más inesperado e inoportuno. Hay momentos en la vida de una persona en los que parece que el destino se empeña en llevarnos, exactamente, por los caminos contrarios a los que uno busca.

Mi nombramiento fue uno de esos momentos.

Como he explicado previamente, llevaba ya diez años como diputado del Partido Popular de Cataluña en el Parlament desde que, en noviembre de 2006, Josep Piqué me propusiera encabezar por primera vez la lista popular de la circunscripción de Girona.

A partir de mi elección comencé a desarrollar, cada vez más, ejercicios de responsabilidad tanto en el partido como en el grupo parlamentario, primero como ponente de economía y presupuestos, y posteriormente, en 2010, como portavoz del grupo parlamentario tras la salida del presidente Daniel Sirera y con la llegada de la nueva presidenta, *gironina* también, Alicia Sánchez-Camacho.

Los últimos seis años como portavoz parlamentario del Grupo Popular en el Parlamento catalán habían sido especialmente

duros para mi familia, ya que aquellos fueron tiempos políticamente muy intensos que requirieron de muchísimo esfuerzo y dedicación, a la vez que sacrificios personales. Pero también fueron años fundamentales en la historia de Cataluña y España para entender el porqué de la situación en la que nos encontramos hoy en día.

Cataluña había sido escenario de una mutación en apenas unos años. Repasar los hechos, aunque sea brevemente, da cuenta del auténtico Dragon Khan en el que se había instalado la política catalana. Y yo me encontraba en medio de esa vorágine. Desde mi nombramiento, me había tocado lidiar con diferentes escenarios que, de manera constante, fueron sacudiendo la política catalana.

Me había estrenado con la sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatuto de Autonomía de Cataluña aprobado en 2006 (tramitado en el Parlament con la exclusión del PPC tras el Pacto del Tinell, y recurrido, entre otros, por el Defensor del Pueblo y por el Gobierno de Aragón, y al cual me referiré más adelante por tratarse de un elemento clave para entender todo lo que sucedió después), a lo que siguieron dos años intensos de acuerdo presupuestario con CiU en medio de una crisis económica que obligó a un ajuste presupuestario duro para garantizar la estabilidad económica y la lucha contra la recesión, el déficit y la deuda pública.

Las medidas adoptadas tanto en Barcelona como en Madrid habían provocado grandes manifestaciones de indignados en toda España que cristalizaron en el famoso movimiento del 15M y que, en Barcelona, habían derivado en dos incidentes clave para la política catalana: la ocupación permanente de la plaza de Cataluña, a imagen y semejanza de la ocupación de la plaza del Sol de Madrid, y el sitio del Parlament, el 15 de junio de 2011, que obligó a Artur Mas a entrar en helicóptero al hemiciclo en el que se debían votar los presupuestos de la Generalitat para 2011.

El año 2012 fue un año tan clave como convulso. Las fallidas elecciones autonómicas que Artur Mas había adelantado para ese año no le depararon la tan ansiada mayoría absoluta. Al contrario, la pérdida de doce escaños dejaron al Ejecutivo de CiU con dos crisis: una interna y otra externa. La crisis interna fue la provocada por su socio de coalición, Unió. Los dirigentes de Unió no habían visto con buenos ojos el giro soberanista de Artur Mas y entendieron que los resultados electorales les habían dado la razón.

Por otra parte, el Gobierno de CiU pasó a depender de ERC y de su hoja de ruta independentista. Este hecho es fundamental para entender la doble tensión que sacudía a CiU: no dependía de sí misma y, a nivel interno, quedaba debilitada.

A Artur Mas solo le quedaba el camino de la huida. Sin embargo, en vez de rectificar, hizo algo sorprendente que marcaría el futuro político de Cataluña para siempre. Fijó rumbo de colisión con el resto de España. Y no lo hizo con una declaración al aire en un corrillo con periodistas. No. Lo hizo de manera solemne el día de su toma de posesión.

Este hecho tensionó, si cabe aún más, a la coalición de gobierno, al Parlament de Cataluña y a la propia sociedad catalana.

Los hechos se precipitaron: los durísimos debates en el Parlament tras la deriva independentista de CiU, la irrupción con fuerza en la esfera social de organizaciones independentistas como la Asamblea Nacional Catalana (ANC, Assemblea Nacional Catalana) y la Asociación de Municipios por la Independencia (AMI, Associació de Municipis per la Independència), la deriva política independentista de Òmnium Cultural, la consulta ilegal por la independencia del 9 de noviembre de 2014 (9N), la articulación de la alianza independentista de Junts pel Sí (JxSí) para las elecciones autonómicas de 2015, la cada vez más ensanchada fractura de la coalición nacionalista, la posterior desaparición de Unió Democràtica, las fugas importantes que se produjeron en

el propio PSC, la investigación y enjuiciamiento de importantes casos de corrupción en Cataluña y en el resto de España...

Todo fue un gran tsunami, iniciado justamente durante aquel año 2012.

Con este panorama turbulento se convocaron las elecciones de septiembre de 2015. Los resultados del 27 de septiembre de 2015 alumbraron una nueva mayoría independentista en el Parlament, la cual, aunque no se correspondía con una mayoría social en la calle, eligió un nuevo Gobierno netamente independentista con el objetivo de romper definitivamente con el resto de España y abrir un proceso irreversible hacia la separación y la proclamación de una república independiente catalana en dieciocho meses.

El Gobierno de la otrora liberalconservadora Convergència i Unió se había transformado en un Ejecutivo a las órdenes de un partido antisistema de extrema izquierda cuyo principal objetivo era la ruptura con España, por las buenas o por las malas.

Diez diputados controlaban el destino de todos los catalanes.

Las dos primeras acciones fueron un aviso para navegantes de lo que quedaba por llegar.

En enero de 2016, la Candidatura d'Unitat Popular (CUP) forzó la destitución de Artur Mas como presidente de la Generalitat y alumbró el surgimiento del nuevo líder separatista, Carles Puigdemont. El nuevo *president*, bendecido por la izquierda radical, había sido alcalde de Girona y un apadrinado de Jordi Pujol, aunque poco a poco se fue distanciando de la ortodoxia convergente y de Artur Mas por no haberlo nombrado *conseller* en el Gobierno anterior. Independentista convencido, había sido también presidente de la AMI, cargo desde el cual pudo trabar unas excelentes relaciones con ERC y la CUP.

Previamente y en sede parlamentaria, se había forzado la aprobación de una resolución de ruptura, de inicio del proceso de independencia, con el objetivo de romper de manera

definitiva con el resto de España y convertirse en esa ansiada república independiente de Cataluña. En esa resolución, el Parlamento catalán se negaba explícitamente a acatar las disposiciones del Tribunal Constitucional: a partir de entonces solo obedecería las normas que emanasen de él mismo.

Había nacido el *procés*.

Tras la inesperada y sorpresiva elección de Puigdemont como presidente de la Generalitat —lo cual puso al Parlament, al Govern y a Cataluña en manos de la CUP—, la política catalana entró en una nueva espiral acelerada e imparable de radicalidad. El espíritu de la CUP lo invadió todo, y el Parlament dejó de ser la casa del diálogo y la negociación para transformarse en un lamentable espectáculo permanente del «pim, pam, pum», regido por la lógica de mayorías y minorías. No había debate, no existía diálogo. La mayoría de la Cámara, que era minoría en la sociedad, imponía su criterio incluso en contra de las normas de la propia Cámara. Así, se impuso la ruptura por encima de la democracia.

La legislatura iba por un camino pedregoso cuando la CUP amenazó con no aprobar los presupuestos de la Generalitat. Esto forzó a Puigdemont a aplicar netamente el programa y el proyecto de la extrema izquierda: la convocatoria de un referéndum de autodeterminación tras sus primeros dieciocho meses como presidente.

La legislatura había quedado herida de muerte. Si unos meses antes se había impuesto la ruptura unilateral por encima del diálogo democrático, ahora el plebiscitarismo populista se imponía por encima de la democracia participativa.

Había comenzado la era del «referéndum o referéndum».

CAMBIO DE RUMBO

Paralelamente, en este mismo contexto, Mariano Rajoy había ganado las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015, aunque sin mayoría suficiente para gobernar. Entonces le propuso a Pedro Sánchez (Partido Socialista Obrero Español, PSOE) formar una gran coalición de gobierno para afrontar con mayor solidez y consenso los principales desafíos de futuro —entre ellos, el de los independentistas en Cataluña—, pero no obtuvo ninguna respuesta positiva al respecto. Tal vez las cosas hubieran evolucionado de forma distinta si Sánchez hubiese aceptado la oferta, y quizá hoy no estaríamos ante el escenario que finalmente nos ha tocado vivir. El Gobierno estuvo en funciones medio año, hasta la repetición de las elecciones en junio de 2016 y la posterior formación del nuevo Gobierno en el mes de septiembre, tras el acuerdo de investidura. Fue justo en ese momento cuando tuve que tomar una decisión.

En el Partido Popular de Cataluña también se habían producido cambios importantes, por lo que me pareció una ocasión propicia para iniciar una nueva etapa. Yo había estado al frente de la Secretaría General de Acción Política y Economía durante los casi ocho años de mandato de Alicia Sánchez-Camacho como presidenta del PP catalán, pero cuando el cargo pasó a manos de Xavier García Albiol se produjeron modificaciones sustantivas en el modelo de dirección y gestión de la formación.

Yo había sido confirmado como portavoz del Grupo Parlamentario Popular, responsabilidad a la que se añadían mis funciones de presidente provincial de los populares de Girona. A nivel interno de partido, los principales miembros del equipo directivo que habíamos estado más directamente vinculados a Alicia tomamos rumbos distintos. Jordi Cornet dejó la Secretaría General y, aunque continuaba en el consorcio de la Zona Franca de Barcelona, se orientaba cada vez más hacia la activi-

dad privada, y a enfrentarse en cuerpo y alma a la enfermedad que ya entonces le acechaba, y contra la que sigue luchando sin descanso, a quien deseo todo lo mejor porque sin duda lo merece. Manuel Reyes se centró en su labor como concejal en el Ayuntamiento de Castelldefels; Andrea Levy había abandonado la Vicesecretaría de Estudios y Programas para incorporarse a la dirección del partido en Génova, y Dolors Montserrat se había ido de la Vicesecretaría de Organización al ser nombrada ministra de Sanidad por el presidente del Gobierno.

En aquel momento consideré que había llegado la hora de poner punto final a una etapa de casi diez años en el Parlament y de buscar nuevos horizontes para mi vida profesional. Actualicé mi currículum y lo empecé a mover, con la intención de encontrar una nueva actividad para cerrar aquella dura etapa y empezar, así, un nuevo camino.

Después del nombramiento del nuevo Gobierno en España, llamé por teléfono a Álvaro Nadal, con quien me une una sincera amistad, para felicitarlo por su reciente nombramiento como ministro de Energía, Turismo y Agenda Digital de España.

Álvaro había sido el director de la Oficina Económica del Presidente del Gobierno en la legislatura anterior, y habíamos compartido los trabajos de la Secretaría de Economía del Partido Popular, junto con Cristóbal Montoro y Fátima Báñez.

Me dijo que estaba abrumado por la cantidad de confianza y responsabilidad que el presidente había depositado en él, a lo que respondí poniéndome a su disposición, por si consideraba que mis conocimientos y experiencia le podrían resultar de utilidad.

Me pidió el currículum. Una vez que se lo hube enviado, su llamada no se hizo esperar ni dos días. Me propuso incorporarme a su equipo para asumir la presidencia de la empresa pública Paradores de Turismo de España. Álvaro, además de conocer a la perfección mi trayectoria profesional como economista,

valoraba mi paso por la docencia universitaria como profesor de organizaciones y empresas turísticas. Aquel cambio suponía para mí un reto profesional impresionante, y yo estaba muy ilusionado por asumirlo.

Lo hablé con mi esposa Montse para evaluarlo conjuntamente, como siempre hemos hecho en nuestros más de treinta años de matrimonio, y decidimos que había comenzado para nosotros una nueva etapa: aceptaríamos el reto y nos desplazaríamos a vivir a Madrid. Suponía abandonar la primera fila de la política y regresar al ámbito de la gestión empresarial en un importante sector para la economía española, dirigiendo aquella prestigiosa empresa pública. Era para mí el momento ideal para iniciar esa nueva etapa profesional.

El calendario marcaba el 12 de noviembre de 2016. Montse y yo dedicamos todo el fin de semana a los preparativos para mudarnos a Madrid y empezar ese nuevo capítulo de nuestras vidas que tanto deseábamos cuando, de repente, todo cambió de forma precipitada e inesperada.

LA JUNTA DIRECTIVA

El lunes 14 de noviembre de 2016 estaba convocada la Junta Directiva Nacional del Partido Popular, donde se aprobaría la celebración del XVIII Congreso Nacional del PP, que tendría lugar en febrero. Como miembro de la junta directiva, me desplacé a Madrid para asistir a la reunión y aprovechar así para ultimar con el ministro los detalles de mi incorporación como futuro presidente de Paradores.

Nada más llegar a la sala de juntas de la calle Génova, justo antes de empezar la reunión, se me acercó Cristóbal Montoro, entonces ministro de Hacienda, y me lanzó, a bocajarro, una intrigante pregunta:

—¿Cómo es que te quieres ir de Cataluña?

—Yo no he dicho que quiera irme, pero el ministro Nadal me ha propuesto dirigir Paradores y creo, honestamente, que lo puedo asumir. He aceptado. Para mí, Cristóbal, es una oportunidad muy sugerente profesionalmente, ya que me permite regresar a la gestión empresarial, que era mi anterior ocupación antes de dedicarme a la política, en una empresa y un sector muy atractivos para mí.

Se me quedó mirando con su característica sonrisa socarrona y me volvió a lanzar otra intrigante pregunta:

—¿Ya lo has hablado con el presidente?

—No, todavía no he tenido ocasión de hacerlo, pero lo haré hoy mismo.

—Pues espérate a hablar con él, porque creo que el jefe no va a dejar que te vayas. Ahora en Cataluña hay que hacer política de verdad, y, si tú también te vas de allí, ¿quién lo va a hacer?

—Me dejas perplejo, Cristóbal. Yo no soy imprescindible, hay otros dispuestos a hacer política en Cataluña, eso está claro, y creo que estoy preparado para asumir una nueva responsabilidad en el Gobierno de España. ¿Qué motivo podría tener el jefe para oponerse?

—Yo diría que tiene algo mucho más importante pensado para ti, y que eso va a suponer que sigas haciendo política en Cataluña, porque la situación allí se ha complicado mucho y el Gobierno necesita contar con una persona dispuesta a hacer frente a la situación que se aproxima ante el desafío independentista. Se necesita a alguien con el mayor conocimiento posible de la realidad catalana y con verdadera capacidad de interlocución con el Gobierno de la Generalitat.

Me quedé pensativo, porque estaba convencido de que las palabras de Cristóbal no eran improvisadas, y en ese momento fui consciente de que él sabía algo que yo todavía desconocía.

Entonces aparecieron la vicepresidenta, Soraya Sáenz de Santamaría, y el ministro Álvaro Nadal.

Soraya se dirigió hacia mí, con tono grave, y me dijo:

—Enric, estoy al corriente de tus planes, pero no te precipites. El presidente tiene otros planes para ti y tendrás que esperar hasta que te los pueda explicar. Hoy, cuando acabe la junta, regresa a tu casa en Girona y espera tranquilamente mi llamada.

No me comentó nada más, pero todas las conversaciones que había mantenido en esa junta me habían sentado como un tremendo jarro de agua fría.

Ya por la tarde, en el AVE de vuelta a Barcelona, llamé por teléfono a Montse para decirle que lo de Madrid estaba en el aire, que Rajoy tenía algo diferente pensado para mí y que sería Soraya la encargada de decírmelo cuando fuera el momento de hacerlo. La noticia le sentó muy mal porque ya se había hecho a la idea y estaba tan ilusionada como yo con nuestra nueva etapa.

Quizás porque ella tiene más intuición que yo, mis palabras le habían sonado a que algo malo iba a ocurrir. Yo le dije que no tenía por qué ser nada malo, que seguro que todo iría bien.

Pero, como siempre, ella acertó y yo me equivoqué.

Mi teléfono sonó esa misma noche. Soraya me había convocado a las cinco de la tarde del día siguiente a su despacho del palacio de la Moncloa.

EN EL DESPACHO DE LA VICEPRESIDENTA

Estaba solo, esperando en el sofá blanco del despacho de la vicepresidenta del Gobierno en la Moncloa, cuando Soraya apareció sonriente, como si fuera a darme una buena noticia.

Yo había coincidido en varias ocasiones con ella en actos del partido y siempre había sido muy cariñosa conmigo. Aunque

sentía admiración por su capacidad profesional, inteligencia política y fuerza como mujer, no había tenido nunca la oportunidad de trabajar con ella. Mi relación con Rajoy había sido muy fluida hasta entonces; habíamos compartido ya muchas horas de trabajo a lo largo de los años y me había mostrado en diversos momentos su confianza en mí, de lo que me sentía y me siento muy orgulloso. Aun así, aquella era la primera vez que iba a mantener una conversación a solas con Soraya, por lo que estaba impaciente por conocerla personalmente. Durante el tiempo que vino después pude descubrir a alguien con una gran capacidad de trabajo, extremadamente rigurosa y responsable en la dedicación a sus funciones, muy exigente tanto con ella misma como con todos los miembros de su equipo, y con mucha confianza propia. Siempre me sentí plenamente apoyado por ella, sobre todo en los momentos más difíciles, si bien es cierto que nuestros puntos de vista en relación con cómo había que actuar en Cataluña no coincidieron siempre al cien por cien, pero eso lo dejo para más adelante.

Sus primeras palabras fueron amables y cordiales, de reconocimiento por mi trabajo al frente de todas mis responsabilidades anteriores, tanto en el ámbito profesional como en el partido y, en particular, como portavoz en el Parlamento de Cataluña.

Me habló de mis especiales características como catalán para desempeñar una función importante de gobierno en Barcelona, y luego me trasladó la preocupación del presidente Rajoy por la situación que se había generado en Cataluña tras las elecciones autonómicas en octubre de 2015, con la elección de Carles Puigdemont como presidente de la Generalitat, la nueva mayoría parlamentaria independentista y el papel decisivo de un partido como la CUP, antisistema, anticapitalista y defensor de la desobediencia civil.

Después de esta introducción, me explicó las nuevas responsabilidades que había asumido por encargo del presidente para ocuparse de las relaciones con Cataluña.

Finalmente, me volvió a lanzar la misma pregunta de la otra vez:

—Enric, ¿cómo es que te quieres ir de Cataluña?

—No, no es que me quiera ir, pero creo que ha llegado el momento de hacer un cambio de etapa. Soy catalán y amo Cataluña. He dado mucho de mí mismo durante los últimos diez años. Como sabes, en 2011 me presenté como candidato a las elecciones generales por Girona, donde llevábamos ocho años sin escaño, y conseguí recuperarlo con casi cincuenta mil votos, un verdadero récord histórico para aquella provincia. Pero renuncié a ocupar mi escaño en el Congreso de los Diputados para concentrarme en el Parlament, especialmente durante mi época como portavoz, y defender desde allí nuestros principios y valores. He luchado mucho, e incluso he pagado un alto precio personal y familiar. Ahora creo que ha llegado el momento del cambio. Me lo debo a mí mismo y a mi familia. Por eso decidí aceptar la propuesta de Álvaro.

—No te puedes precipitar, Enric, y antes de decidir debes escuchar lo que te tengo que decir.

—¿No me ves capaz de dirigir Paradores?

—Claro que sí... ¡tú y cualquiera!

—¡No! ¡Mejor yo que cualquiera! En Cataluña no soy imprescindible. Llevo diez años en el Parlamento catalán, los seis últimos como portavoz, y se ha configurado un nuevo equipo directivo en el partido. He cerrado una etapa y creo que debo y puedo empezar una nueva.

Fue justo en ese momento cuando Soraya me lanzó la bomba, la propuesta definitiva:

—¡Exacto!, es un buen momento para iniciar una nueva etapa, pero necesitamos que la desarrolles en Cataluña como delegado del Gobierno de España, porque en esta nueva etapa es imprescindible que seamos capaces de resolver el desafío que nos ha planteado el actual Gobierno de la Generalitat,

con Puigdemont al frente. Ese es nuestro objetivo, y estamos convencidos de que tú puedes jugar un papel muy positivo en este momento por tu conocimiento de la realidad catalana, por tu experiencia, por tu capacidad de interlocución con los miembros del Gobierno de la Generalitat, por tu conocimiento del tejido asociativo económico, social y cultural en Cataluña y por tu facilidad para relacionarte con los medios de comunicación catalanes. Quiero poder asegurar que se exploren todas las posibilidades de solución dentro de la ley, que el orden constitucional y los derechos de todos los ciudadanos de Cataluña son respetados.

La vicepresidenta continuó:

—Mira, Enric, la situación en Cataluña se ha convertido en algo preocupante con el paso del tiempo. Te necesitamos al frente de la Delegación del Gobierno para que nos ayudes a reconducir la situación desde el respeto y la lealtad institucional y evitar esa dinámica desafiante de confrontación que se ha instalado en una importante parte de la población catalana.

Hice una pausa y me quedé unos segundos en silencio, pensativo, aunque no necesité demasiado tiempo para contestar: sabía perfectamente de qué estábamos hablando. La miré y le fui contando lo que me pasaba por la cabeza:

—Vicepresidenta, entiendo lo que me dices, pero en mi opinión ya vamos tarde. Te recuerdo que en 2013, antes de la consulta del 9 de noviembre, envié un exhaustivo informe a Madrid en el que exponía mi parecer sobre lo que había que hacer en Cataluña para evitar la colisión, pero mi propuesta quedó apartada. Y ahora creo que ya es demasiado tarde.

Se me quedó mirando, reflexiva, y me preguntó:

—¿A qué te refieres exactamente?

Me refería a mis informes escritos y enviados al número 13 de la calle Génova en 2013, en los que explicaba mi punto de vista sobre lo que estaba sucediendo en Cataluña, y en los

que advertía de la necesidad de reaccionar con medidas y decisiones específicas para evitar la deriva a la que nos veríamos abocados si no lo hacíamos. Le recordé la respuesta que había recibido: exageraba cuando afirmaba que las cosas habían cambiado y que ya no habría soluciones como las que se aplicaban con la extinta CiU.

En aquellos documentos había expuesto mi preocupación por el rumbo que había tomado el nacionalismo a partir de 2012, en particular por el hecho de que se había producido un importante cambio de chip en la estrategia nacionalista que, en mi opinión, iba a suponer un vuelco radical en las relaciones con el Gobierno de España.

En diferentes informes, además, había sugerido la activación de un plan estratégico global de acciones y de comunicación dirigido al conjunto de la población catalana con el objetivo de poner en valor todos los aspectos positivos que conlleva para Cataluña formar parte de España, haciendo visibles al mismo tiempo la totalidad de las verdaderas estructuras de Estado que hay en Cataluña y los importantes servicios que prestan a las personas cada día.

Consideraba absolutamente necesario neutralizar la permanente campaña de propaganda impulsada desde la Generalitat y los medios de comunicación públicos y subvencionados, que perseguían como finalidad generar un pensamiento único favorable a la separación de Cataluña del resto de España. Había que luchar contra la propaganda independentista que se basaba en la identificación de un enemigo común —el Estado—, responsable de todos los males de la sociedad: el déficit público, la deuda, el desempleo, la falta de inversiones, las listas de espera en la sanidad pública, los barracones en el sistema educativo, los problemas de financiación... Todos ellos problemas que solo tendrían solución si Cataluña se convertía en un Estado independiente.

Manifesté que esa era la respuesta que había dado el nacionalismo a la crisis económica y a la incapacidad del Gobierno de Artur Mas de explicar los recortes a la sociedad ante el cada vez mayor acoso de la calle y de las reivindicaciones del movimiento del 15M.

Este discurso, filtrado a la sociedad a través de todos los canales de transmisión imaginables y de manera insistente y repetitiva, empezaba a calar entre la población como una lluvia fina, y estaba siendo alimentado y amplificado cada día con más fuerza por el movimiento asociativo «paragubernamental» emergente —la ANC, Òmnium Cultural y la AMI—, lo que iba articulando una red social y territorial de complicidades muy importante en toda Cataluña.

Uno de los ejemplos que había puesto como caso paradigmático en mi informe sobre lo que estaba sucediendo en el territorio catalán fue la aparición de una entidad, denominada Súmate, que pretendía difundir la idea de que una parte importante de la población castellanohablante en Cataluña era también partidaria de la independencia de Cataluña. Su objetivo era alcanzar con ese pensamiento único a los colectivos de personas llegadas a la comunidad autónoma catalana desde otras partes de España, con el foco puesto en la segunda generación de nacidos en Cataluña.

En Génova, ante la presencia de la secretaria general M.^a Dolores de Cospedal y la mayor parte de la dirección del partido, llegué incluso a mostrar un vídeo de Súmate en el que aparecían una serie de personas residentes en Cataluña, nacidas en diferentes partes de España y castellanohablantes que, de forma «aparentemente» espontánea, se pronunciaban claramente a favor de la independencia de esa región. Era un vídeo técnicamente muy bien realizado, hasta el punto de que llegaba a parecer un reportaje representativo de la realidad, y a mí me había puesto en alerta.

Mis informes habían tenido como resultado la creación de un grupo de trabajo de estudio y análisis para dar respuesta a la petición que yo había formulado. Aquel grupo estaba liderado por Javier Arenas, Carlos Floriano y Esteban González Pons. Lamentablemente, al final todo ese trabajo, que culminó en la preparación de un importante proyecto de participación ciudadana para la elaboración de reformas ilusionantes para la España del siglo XXI, incluyendo un plan estratégico de comunicación de ámbito nacional que llevaba por título «reempecemos», se quedó en un cajón: las elecciones europeas de 2014 se aproximaban, y serían las primeras en tomar el pulso al apoyo de los españoles al Gobierno popular.

Así, le relaté a la vicepresidenta todo lo que ya había dicho en 2013, y luego le volví a repetir:

—Han pasado tres años desde el informe y la situación ahora es mucho peor que antes. Vicepresidenta, sinceramente: ¡vamos tarde!

Se me quedó mirando.

—Pues precisamente por eso, aquí pensamos que, ante esta difícil situación que se vive en Cataluña, que cada día va a peor, quién mejor que tú para ponerte al frente. Como me acabas de demostrar, conoces mejor que nadie los posibles caminos por donde podría discurrir una solución, y quiero que te incorpores a mi equipo para contribuir a todo el trabajo que tenemos por delante con el objetivo de reconducir la situación.

Ante mi cara de escepticismo, Soraya continuó:

—Enric, queremos y necesitamos a alguien con un conocimiento exhaustivo de la realidad catalana y de sus principales protagonistas, con capacidad de diálogo y un espíritu moderado para poder restaurar la relación entre la Generalitat y el Gobierno de España. La situación está tan deteriorada que ni siquiera nos descuelgan el teléfono desde la Delegación en Cataluña para poder hablar de algo útil. Necesitamos capacidad

de interlocución con la sociedad catalana para abrir un amplio espacio de diálogo plural. Queremos experiencia en la gestión política y capacidad de interlocución con los medios de comunicación, lo cual nos permitirá explicar las cosas y dar transparencia a la situación.

La volví a mirar y le contesté:

—Vamos tarde, pero merece la pena intentarlo, aunque creo que el camino que ha tomado el actual Gobierno de la Generalitat de Cataluña ya es irreversible. Habrá que hacer todo lo posible para evitar la colisión que nos prometió Artur Mas y que ha acelerado gravemente Puigdemont, ya que las consecuencias son muy difíciles de prever.

—Enric, el Gobierno quiere encontrar una solución dialogada a la actual situación, pero tiene que ser, evidentemente, dentro del marco de la legalidad vigente: el Estatut y la Constitución. Hay que garantizar la convivencia dentro de la ley y hacer todo lo posible para evitar esa colisión.

—Bien, necesito pensarlo y hablarlo con mi esposa antes de tomar una decisión.

Creo que nunca se me ha hecho tan largo un camino de regreso a casa. En mi cabeza se amontonaban más preguntas que respuestas, más dudas que certidumbres, más miedos que esperanzas.

Al llegar a casa, les expliqué todo a mi esposa y a mis tres hijos. El sentimiento que nos invadió fue de una enorme preocupación. Yo estaba convencido de que la probabilidad de que aquello acabara mal o muy mal era altísima, y que el primer efecto colateral negativo sería para mi familia y para mí, justo lo contrario a lo que quería hacer con mi vida en aquellos momentos. Pero, al mismo tiempo, les transmití la gran responsabilidad que sentía ante la oportunidad de darlo todo para intentar aportar un granito de arena a la construcción de una solución que fuera buena para Cataluña y para

España entera. Aunque sabíamos que el riesgo era altísimo, también tuvimos claro desde el inicio que nuestro deber era prepararnos para el reto y asumirlo hasta el final, con todas sus consecuencias.

Al día siguiente llamé a Soraya para darle mi respuesta afirmativa, y el mismo viernes 18 el Consejo de Ministros me nombró delegado del Gobierno de España en Cataluña. Había presentado mi renuncia al acta de diputado del Parlamento de Cataluña a primera hora de la mañana, antes del nombramiento, lo que generó de inmediato expectativa mediática. Estuve siguiendo en directo toda la rueda de prensa posterior al Consejo como si se tratase de la lotería de Navidad. Mi nombramiento no llegó hasta el final, ante la pregunta de un periodista.

Había salido, para mí, el premio gordo. No había marcha atrás.

El lunes 21, tan solo tres días después del nombramiento y una semana más tarde de la celebración de la Junta Directiva Nacional, tomé posesión del cargo en Barcelona. Y entonces empezó la que sería la etapa más difícil e intensa de mi vida política.

En mi cabeza repicaban martilleantes dos ideas: «Vamos tarde», (pero) «vale la pena intentarlo». Llevaba avisando del escenario que se abriría en Cataluña desde 2013, y ahora no solo el escenario había empeorado incluso más de lo que hubiéramos podido llegar a imaginar, sino que además me tocaba a mí, personalmente, lidiar con él sobre el terreno.

Fue en ese momento cuando me hice la pregunta que todos, de una forma u otra, nos hemos hecho alguna vez: «¿Cómo hemos llegado hasta aquí?».